

## EL AMOR INFATIGABLE DE UN DIOS ENTREGADO

*Frente al despliegue del mal y al sentimiento del peso aplastante de la historia, la afirmación cristiana de una atención cuidadosa de la divina providencia, concreta e inmediata, nos deja perplejos. Engendra tal malestar entre ciertos creyentes, que están tentados de renunciar a la idea misma de un poder infinito de Dios. Por asombroso que parezca a la sensibilidad moderna, esta confianza en la providencia tiene su raíz en una lectura de la Escritura y se apoya en una larga tradición doctrinal. Pero el cristiano que quiere entender su fe es invitado también por el evangelio a convertir su mirada y a representarse la paternidad divina y su solicitud por los hombres desde la revelación y desde los designios de su amor bondadoso en Jesucristo. En el corazón de esta revelación el cristiano acoge el misterio de la cruz y el don del Espíritu, y desde ellos el cristiano debe esbozar una hermenéutica de la Providencia.*

*L'Amour infatigable d'un Dieu exposé, Lumière et vie, n° 259 (2003) 47-68*

### DEL PROVIDENCIALISMO A SU RECHAZO

#### De una temática bíblica ...

Si la idea de una providencia omnipresente se ha abierto paso en el espíritu de los creyentes, es debido a ciertos pasajes de la Escritura que atestiguan la dimensión del poder divino y favorecen el providencialismo. El salmista alaba al Señor por su poder (Ps 115,3; 32, 9.13-15). Al poder de la creación se añade la vigilancia. Nada se escapa a la mirada de Dios, que ayuda al hombre y conduce su rebaño (Ps 35,9).

La reflexión del sabio alimenta la oración confiada cuando afirma que Dios consigue siempre sus fines (Pr 19,21). Él es el dueño de todas las situaciones del hombre (Si 11,14), cuya sabiduría "se des-

pliega vigorosamente de un confín al otro del mundo y gobierna de excelente manera todo el universo" (Sb 8,1). Los profetas no dudan en atribuir a la mano de Dios los grandes acontecimientos de la historia. Dios utiliza las naciones para castigar a Israel o al revés, como puros instrumentos en manos de un artesano. A la confianza del salmista se mezcla el temor ante el Altísimo cuya cólera es temible (Is 45,7; Dt 32,39).

La Escritura subraya que la confianza en este Dios que provee debe llegar hasta aceptar llevar al sacrificio al hijo de la promesa (Gen 22,8), hasta recoger el maná para un solo día sin guardar nada (Ex 16,20). En esta línea, Je-

sús recomienda remitirse con confianza al Padre, que sabe lo que necesitamos (Mt 6,32; Mt 10,30). Pablo considera que los sufrimientos actuales no se pueden comparar con la gloria que nos espera (Rom 8,18) y tiene por seguro que “en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman” (Rom 8,28).

### ... a su sistematización escolástica

Este impulso de fe y confianza de la Biblia tomará forma conceptual en la teología. Sigamos la trama propuesta en la *Suma Teológica* de Sto. Tomás. La providencia aparece allí como uno de los atributos divinos, ligado a la omnisciencia y a la omnipotencia. Es propio de Dios disponer para su fin los seres que ha creado (I q. 22 a 1), no sólo de una manera general en la universalidad de su naturaleza, sino en su singularidad, porque la causalidad creativa se extiende a todas las criaturas, incluso las libres, cuya libertad depende de la causa primera (*ibid.*, a.2 ad 4).

Nuestro espíritu distingue dos momentos de la providencia: el que corresponde al plan de la concepción de las cosas para su fin y el que corresponde a la puesta en práctica de este plan. En cuanto al plan de la concepción, la providencia prevé y predispone cada realidad hasta el mínimo detalle,

pero en cuanto a la puesta en práctica, se sirve de intermediarios, gobernando los seres inferiores por los seres superiores.

Esta predisposición de la providencia respeta la naturaleza de cada criatura: para ciertos efectos ha preparado causas necesarias; para otros, causas contingentes (*ibid.*, a.4). El cristiano no debe hablar de destino, porque la providencia da a los seres espirituales un libre albedrío (cf. *Contra Gentes* III, 113), ni de azar porque no puede existir nada que no sea por mandato divino (I, q. 103, a. 5). El azar es el nombre que damos a lo que se produce fuera del orden de ciertas causalidades particulares, pero que apunta a otra causalidad que no escapa a Dios (*ibid.*, a. 6 et ad 2).

Toda la historia está bajo la mirada de Dios, para quien no hay ni futuro ni pasado (cf. I, q. 14, a. 13). Que el número de predestinados esté inmutablemente fijado no se opone para nada al respeto de la libertad de los hombres (cf. q. 23 especialmente a. 7). En cuanto a los pocos predestinados, no hay que ver aquí una limitación de la providencia, sino la manifestación de la misericordia divina que concede la visión beatífica, siendo así que ésta excede al estado común de la naturaleza pecadora (q. 23, a. 7, ad 3). Sólo queda adorar a Dios en sus designios. Su modo de obrar sólo puede ser sabio y bueno (q. 26, a. 6, ad. 1).

## DEL MALESTAR A LA ALERGIA

Dios respeta íntegramente la libertad. Providencia y libertad se

armonizan y el hombre no es objeto de ningún determinismo en

cuanto a su destino. El sistema conceptual expuesto por Tomás de Aquino resuelve una de las cuestiones principales relativas a la providencia: ¿cómo puede Dios ser providente y dejar libertad? El sistema, en cambio, flaquea ante una cuestión mayor: ¿cómo puede Dios gobernar el mundo según una solicitud y una bondad infinita y dejar que tantos males sobrevengan a los hombres?

Podemos comprender que la diferenciación de los seres conlleve necesariamente defectos e imperfecciones en algunos: esto se debe a la finitud inherente a toda criatura. Se debe considerar con rigor el bien para el conjunto, más que fijarse en la condición de una de las partes (I, q. 48, a. 1). Es más difícil entender que el mal no prevalece sobre el bien, ni en su naturaleza ni en su frecuencia, pues se reconoce que sólo entre los hombres el mal parece ser lo más frecuente (q. 48, a. 1; q. 49, a. 3 ad 5).

Indigna ver cómo la desgracia del hombre es relativizada y cómo el mal es “reclasificado” dentro de las categorías del bien. La muerte ya no es solamente el límite inherente a nuestra condición de criaturas (I, q. 48, a. 5 ad 1), sino un bien, como castigo por el pecado y manifestación de la justicia divina (II-II, q. 85, a. 5). Lo mismo pasa con el sufrimiento, legítimo castigo por el pecado y además salvable corrección de los justos (I, q. 21, a. 4 ad 3). El pecado respeta siempre el orden divino, porque el pecador obra siempre en vistas a un cierto bien, que de todos modos no conseguirá ya que la justicia de Dios tendrá la última

palabra (q. 103 a. 8 ad 1). El infierno aparece como el triunfo de la justicia divina, e incluso de su misericordia, puesto que la sentencia castiga menos de lo que habría debido ser (q. 21 a. 4 ad 1).

La idea de la omnipotencia conduce a afirmar que todo depende de Dios. De ahí se concluye que Dios permite que los males lleguen. Pero, puesto que su voluntad es buena, permitir que los males lleguen es un bien (cf. q. 19 a. 9 ad 3). Justificación desconcertante: la prueba de la libertad se paga con un castigo eterno para los reprobados. No nos encontramos ya en una situación con ciertos defectos en un conjunto armonioso, sino en una situación en que todos han pecado. Sólo una parte de la humanidad llega a la salvación, la menor (Mt. 22, 14. Cf. q. 23, a. 7).

Es como si otorgáramos a Dios un “comportamiento” inmoral que, por otra parte, Él nos prohíbe: permitir el mal moral para el bien del conjunto es justificar el medio por el fin (cf. Rm 3, 8). No intervenir con su poder para socorrer al débil o librarlo de la mano del opresor, es pecar por omisión y ser cómplice de la violencia. Si “nadie peca por omisión si no hace lo que no puede hacer” (II-II, q. 79 a. 3 ad 2), ¿qué pensar de un Dios que, siendo omnipotente, lo dejase todo por hacer? ¿cómo no descubrir una cierta perversidad en esta lógica que consiste en dejar torturar y matar a personas, para que suceda un bien?

Este es el rostro más bien monstruoso de un Dios todopo-

deroso que la teología ha hecho circular y que ha suscitado alergia en los filósofos de la Ilustración: es mejor imaginarse un mundo sin Dios o bien un Dios indiferente al mundo que un Dios todopoderoso que interviene tan poco o tan mal en la marcha del mundo. Las apologías de la providencia universal de Bossuet o de Leibniz, lejos de apaciguar los espíritus críticos, no han hecho más que reforzar la impresión de una insoportable manipulación divina. Estas apologías ofuscaban las enseñanzas de Jesús sobre el Padre.

La cuestión de la omnipotencia de Dios ha sido replanteada por los pensadores de tradición judía posteriores a la Shoah. La experiencia de una ausencia y silencio de Dios ha trastornado las interpretaciones clásicas del sufrimiento. Es imposible ver ahí una prueba como en el caso de Job, prueba provisional que revela la fe de Job y le devuelve sus bienes. Imposible leer ahí la expiación de una infidelidad de Israel, entonces disperso. Imposible encontrar ahí un martirio, porque no fue ni por amor a su fe ni a causa de la fe que perecieron. ¿Cómo había dejado el Dios de las bendiciones que la elección se transformase en maldición?

Hans Jonas propone renunciar al concepto de la omnipotencia de Dios, juzgado incompatible con su bondad. En vez de pensar en Dios como el Señor impassible de la historia, debería ser considerado como el Señor que, desde el instante de la creación, sufre su destino: como un Dios mezclado en el devenir de la historia, alterado

por ella, modificado en sí mismo por la experiencia de su relación con lo creado, preocupado e inquieto por sí mismo porque está expuesto a la voluntad de los hombres y en peligro. La creación, lejos de ser expansión de poder, sería su contracción, para dejar ser a las criaturas. Esta interpretación llega a aceptar un peligro radical de Dios en la historia, un compromiso tal que ya no le quedaría más poder que el de llamar al hombre al respeto de sus hermanos y de la creación.

Sin embargo, la idea de un Dios impotente, aunque fuese por *kenosis* creadora, no resuelve necesariamente la aporía del punto de partida. Nos podemos preguntar si la bondad de Dios sale salvada de una empresa en que el hombre queda abandonado a sus propias fuerzas para una tarea que le sobrepasa infinitamente. ¿Cómo iba el hombre a salvar la divinidad sin recibir de la misma divinidad un poderoso socorro? La fe cristiana no negará la trascendencia de Dios ni su poder salvador en la historia, que culmina en la persona de Jesucristo y en el don del Espíritu.

### Cuando los extremos se tocan

Por una parte, un providencialismo donde todo tiene sentido y el mal es recuperado, "retribuido". Por otra, la ausencia total de la providencia divina, lo cual también da sentido al mal. En ambos casos se trata de dar cuenta "racionalmente" de la presencia del mal, de hacerle frente como un «pro-

blema” por resolver, más que como un misterio por afrontar. Para el que se adhiera a una de estas soluciones, el mal ya no es un misterio ni un escollo en el

camino de la fe en Dios, porque todo “tiene una explicación”. Todo se explica sin que el misterio de la cruz de Cristo intervenga como la clave fundamental de lectura.

## EL AMOR INFATIGABLE DE UN DIOS ENTREGADO

Querer pensar la providencia a la luz de Cristo es escuchar la llamada evangélica a cambiar la mirada sobre Dios. El evangelio no es una revelación que pone a disposición de nuestras facultades intelectuales un lenguaje objetivo y definitivo sobre Dios, sino revelación en el sentido de desenmascarar el pecado y la ceguera del hombre, y de “impulsar” una conversión del corazón y de la acción, para que se dé un conocimiento por comunión con el Espíritu de Dios: el que no ama a su hermano, no conoce a Dios, pues Dios es Amor (cf. I Jn).

La manifestación del Amor de Dios en Jesucristo llega a su plenitud en el misterio de la cruz, donde es entregado por nosotros. Pensar la providencia a la luz de Cristo es considerar la cruz como un lugar de revelación posible acerca de Dios, sin ignorar que su lenguaje es locura a los ojos de la sabiduría humana (cf. I Co 1,23). Sin embargo, quizás cargando cada uno con su cruz se puede comulgar con el sentido de la cruz de Cristo (cf. Lc 14,27).

### Invitados a confiar en el Padre

Antes de morir en la cruz, Cristo nos reveló al Padre y nos invitó a tener una total confianza

en Él. Los pasajes en que Jesús evoca la atención del Padre hacia las flores del campo (Mt 6,28) y las aves del cielo (Mt 10,29), no son nada ingenuos: Jesús no ignora ni menosprecia la preocupación ni el pesar de los hombres, exhorta simplemente a una justa actitud ante las dificultades de la vida.

Jesús afirma que el Padre conoce lo que necesitamos, nuestros cabellos están todos contados. Jesús nos invita a considerar al Padre como el *Pantocrator*, el que lo tiene todo en su mano. Ésta es la fe del NT y del Credo: Dios es Creador y su creación es continua (Hb 1,3; Flp 2,13; Hch 17,28).

Tal es el poder único del Padre, que hace salir el sol sobre malos y buenos (Mt 5,45). Un poder único distinto al de los hombres, no una omnipotencia absoluta, que indiferentemente podría crear y destruir, dar libertad y quitarla. La creación es un don, y Dios no se desdice de sus dones (Rm 11,29). Lo que crea a su imagen, lo que da, no lo vuelve a quitar: el Padre deja ir al hijo lejos de él, tomar su camino, pero lo sostiene en la vida, en el movimiento y en el ser (Lc 15,12).

Mirar la creación como don es subrayar la discreción del donante. El Padre se queda en segundo término. Lo que puede parecer ausencia ante nuestras miserias es

también la condición de posibilidad de un camino de fe libre y amante, de una alabanza gozosa ante la belleza de la creación. En una palabra: de la respuesta a su don.

Considerar la creación como un don, es también afirmar una forma de vulnerabilidad del dador. El lenguaje parabólico de Jesús exige esta atribución análoga de una “emoción” en Dios, que deja intacto su amor infatigable: su compasión se renueva cada mañana (Lm 3,22-23) y deja intacto su poder creador, en el cual descanza nuestra esperanza en una resurrección de la carne, en un nuevo cielo y en una nueva tierra (Ap 21,1).

## Dios lucha por nosotros

Jesucristo revela en plenitud el designio de amor benévolo de su Padre de hacer de nosotros sus hijos adoptivos en su Hijo, e introducirnos en la alegría del reino, cuando el don de la vida divina sea plenamente aceptado. Este designio es contrariado desde el principio por el sufrimiento y el pecado de los hombres. El deseo de poder, la envidia, la violencia y la indiferencia marcan a los hombres con heridas que no podrán curar por sí solos. Incluso cuando siguen buscando a Dios, multiplican los ídolos y proyectan en Dios los malos pensamientos de sus corazones, haciendo de Dios un juez implacable y caprichoso, al que esperan apaciguar con la sangre de sus sacrificios.

Cuando habían perdido el sentido de su amistad apartándose de Él, no les ha abandonado al poder

de la muerte: en su misericordia, ha multiplicado las alianzas con ellos y los ha formado en la esperanza de la salvación, antes de mandar a su propio Hijo, y con Él, su Espíritu, que culmina toda santificación. La divina providencia no tiene nada de mágica: la creación es frágil, no está acabada y sigue una larga transformación histórica. La intervención de Dios en la historia debe reencontrar no sólo algunas almas acogedoras, sino también un linaje para poder producir todos sus frutos. Y acaba por encontrar eco en la fe de un pequeño pueblo consciente de su proposición de alianza (cf. Dt 7, 7-8).

La obra de la alianza se realiza por etapas y no sin dificultades. El Señor ha visto la miseria de su pueblo, ha oído su grito y ha enviado a Moisés cerca del Faraón, para librarlo de las manos de los egipcios (Ex 3,7-8). Pero, dice un *midrash*, todavía no ha llegado la salvación que Dios quiere para los hombres, ni es el momento de que los ángeles exulten, pues la salvación de los hebreos ha costado la vida de los egipcios, que también son hijos de Dios. Y los hombres siguen sufriendo y pecando.

Cuando Job pide a Dios cuentas de su sufrimiento, Dios sólo puede felicitarlo por haber rehusado creer a los estratagemas de la retribución, y haber acusado a los que atribuyeron a Dios malos designios. Si le recuerda su poder creador, es también para subrayar que mantiene el poder de Leviathan dentro de sus límites (Jb 40,25; Ps 74,14). Dios es el primer luchador empeñado contra

el poder del mal y de la muerte, para contenerlos, sin acabar con ellos, como si no pudiera destruir lo que ha creado, ni destruir ninguna libertad, ni ocupar todo el espacio y serlo todo.

Cristo aparecerá con el mismo rostro, y no soportará el sufrimiento y la desgracia de los hombres, pasará haciendo el bien y sanando a todos los que están en poder del diablo (Hch 10,38), recusando a los defensores de la justicia inmanente y la retribución, manifestando en su pasión que Dios es inocente del mal, lo combate y se expone para salvarnos. Delante de la cruz, deberemos renunciar a pedir a Dios que ejerza una omnipotencia, que ni tiene ni quiere tener, y abrírnos a su manera de ser poderoso, que nos desconcierta y nos asusta, pues consiste en que su Hijo se vacíe de sí mismo hasta a morir en la cruz (Fil 2,7-8).

## De la prueba de los signos a la prueba de la cruz

Al recordar la vida de Jesús, se puede estar tentado de oponer un período de grandes éxitos, en el cual el gentío incluso quiere proclamarlo rey por sus signos, al período del fracaso, la condena y la muerte. Los evangelios subrayan que el "proceso" empieza desde el principio, porque los signos que hace no son recibidos del mismo modo. Si Jesús no hubiese realizado verdaderos milagros, no hubiese sido detenido y condenado. El poder de los signos no es una simple manifestación de la solitud de Dios, sino que constituye

una prueba para todos.

Una prueba para Jesús mismo, que debió resistirse a la tentación de un poder mundano (Mt. 4,1-11, Lc 4,1-13) y que constantemente tuvo que desconfiar de los beneficiarios de sus milagros, que no comprendían su verdadero significado y querían proclamarlo rey (Jn 6,15).

Los signos son pruebas para los beneficiarios: ¿van a convertirlos en hijos del Reino? Y constituyen una doble prueba para los testigos, en su calidad de testigos y de no beneficiarios de los signos. Como testigos, el signo engendra la duda y la sospecha (Lc 11,15). Además, el signo a favor de otros no suscita espontáneamente la alabanza y la alegría, sino más bien la envidia y el odio, hasta llegar a acusar, perseguir y expulsar a aquél por medio del cual se producen estos signos.

Tales son los signos de Dios, que los hombres se niegan a reconocer y consideran demasiado esporádicos. Sólo algunos hombres de corazón sencillo habrán reconocido en los signos la presencia de Dios y la manifestación de su amor, hasta seguir al Enviado. Sólo algunos hombres habrán sacado de ellos el ímpetu de fe, para dejarse transformar por Cristo. A Jesús, los signos le habrán servido para entrar rápidamente en la vía de la pasión, donde se realiza la verdadera salud espiritual del hombre.

De forma paradójica, invisible, pero real, se manifiesta el poder único de Dios. ¿Cómo podrán los hombres ser hijos si no renuncian a salvarse ellos mismos y no de-

jan de vivir por y para sí mismos? ¿Cómo serán vencedores del pecado, si echan la culpa a los pecadores, cayendo ellos mismos en el pecado y justificándolo? ¿Cómo conocerán el amor del Padre si el poder del mal y el peso del sufrimiento ofusca su presencia?

Esto es lo que se juega en Jesús en el momento de la pasión. Es la hora del gran combate interior: no usar el poder del mundo y de la violencia, consentir la muerte, y en esta muerte dar su vida, darse enteramente al Padre y a los hombres, en el corazón de la noche y en el sufrimiento. Jesús reza, desde el Monte de los Olivos hasta la Cruz. La angustia le ahoga y, antes de morir, grita que Dios le ha abandonado (Mc 15,34). Este grito es una súplica, y si no recibe ningún socorro “providencial”, desde el punto de vista del mundo, su ajusticiada humanidad se abre entonces plenamente al Espíritu de Dios y a su poder.

Por el Espíritu Santo, Cristo se ha ofrecido a sí mismo sin man-

cha a Dios (He 9,14). La cruz es la plena conclusión de Cristo. La humanidad de Jesús acoge el Espíritu y la confianza del que espera contra toda esperanza, hasta el punto de remitirse totalmente al Padre (Lc 23,46). La humanidad de Jesús acoge el Espíritu y el amor que perdona hasta a sus enemigos (Lc 23,34).

Se ha abierto un camino nuevo para los hombres y el muro de las separaciones ha sido destruido, en su persona se ha dado muerte al odio (Ef 2,16). De su corazón abierto brotan las aguas vivas del Espíritu, que se derramarán en su Resurrección. Nosotros también podemos entrar en este camino de la filiación, si invocamos al Espíritu que nos asemeja a Cristo (Fl 3,10), y que hace de nosotros hijos y nos llama hacia el Padre (Ga 4,6). Este Espíritu no nos será negado, según la promesa de Cristo (Lc 11,13). En nuestra debilidad, se desplegará y será nuestra fuerza (cf. 2 Co 3,17).

## PROPUESTA DE UNA HERMENÉUTICA CRISTIANA DE LA PROVIDENCIA

Una interpretación cristiana de la providencia debe integrar la paradoja de una salvación por la cruz. El Dios creador no conduce la creación a su perfección y a la salvación con una varita mágica. La salvación de la cual habla la Escritura implica un paso por la muerte, no sólo para el hombre, sino también para el mismo Dios en Jesucristo. La providencia sólo puede desarrollar el poder del Espíritu en el corazón del mal y

del sufrimiento, en una lucha librada con las armas de un Amor que se arriesga y se entrega.

Al poder creador que sostiene toda libertad no se le sobrepone una omnipotencia salvadora que desprecie la libertad, sino un poder vulnerable que se dirige a la libertad. La providencia no se opone al mal con la destrucción del pecador, pues negaría su amor creador y no sería una salvación para el hombre. Dios no quiere la



muerte del pecador, sino que viva (Ez 33,11).

Al poder creador de la providencia sólo se añade un poder del que da todavía más: “per-dona” y tiende a hacerse presente en el corazón del hombre y de todo ser sufriente para que no se vea sumergido en el mal, pueda creer y amar a pesar de todo y entrar así en el Reino, para experimentar lo que nunca nos hubiésemos atrevido a pedir (Ef 3,20).

### **Contra la providencia de un dios perverso, el Padre, inocente del mal**

El cristiano no puede aceptar una representación de la providencia divina que haría de Dios el Gran Hermano. La providencia no integra el mal como medio para conseguir su designio. Dios no quiere el mal. Jesucristo, en los caminos de Galilea, no soporta ni el mal moral, ni el físico: en torno a él se precipitan todos los miserables y él los libera de sus demonios, les cura y rehabilita.

Dios no utiliza el mal, ni para conseguir un bien. No prueba a nadie (St 1,13). Nunca debería atribuirse a la providencia el sufrimiento de un hombre. Dios está siempre al lado del hombre sufriente, por mucho que el sufrimiento “esté bien merecido”. Jesús no se identifica solamente con los “buenos sufridores”, sino con todos, incluso los que han sido “justamente” castigados por los hombres (cf. Mt 25,43).

Dios se pone de tal modo al lado del que sufre que en Jesucristo va a soportar el sufrimien-

to de la cruz para unirse a todos los que sufren, a todos los condenados y a todos los desesperados. Y donde el hombre no puede dar sentido a su sufrimiento, donde las fuerzas espirituales del hombre están aniquiladas por el peso del mal, entrega su espíritu para transformar la noche del infierno en noche pascual, de manera que la muerte no sea definitiva, sino tránsito, transformación de la desesperación en fe, de la venganza en perdón y entrada en la vida de Dios.

Creer en la providencia no es creer en un Dios que dispone todo en sus mínimos detalles y permite todos los males del mundo, sino creer que Dios está invisible y espiritualmente presente, sin ninguna complicidad con el mal. El tiempo de la paciencia de Dios (2Pe 3,9) no tiene plazo: es el tiempo en el que Dios se compadece, no desde los cielos, sino en lo más íntimo de nosotros mismos, no como espectador, sino como actor, como Espíritu que insufla su vida en nuestro espíritu.

### **Contra la providencia de un dios mago, el Padre que llama**

Querriamos que la providencia arreglase todo lo nuestro, cuando en realidad nos pide que seamos la providencia de los demás. Querriamos que nos liberase de la cruz y, en cambio, nos invita a cooperar (1 Co 3,9), llevando también nosotros nuestra cruz (Mc 8,34). A menudo invocamos la providencia de un Dios mago, capaz de transformar una

situación de golpe, por un decreto de omnipotencia. Un miedo infantil nos hace reclamar a Dios una intervención que decante el curso de las cosas a nuestro favor, sin preguntarnos si esto sería bueno para los demás. Una oración así rechaza asumir responsabilidades. Dios no nos salvará sin nosotros, sin que nos entreguemos a lo que hay que hacer. La verdadera confianza en la providencia pasa del miedo infantil a la libertad del valor.

Dios no cesa de pedir la cooperación de los hombres. Si Moisés se hubiese negado a volver a Egipto, los hebreos no se hubiesen librado de su yugo. Si Jonás no hubiese ido a Nínive, el mensaje de conversión no hubiese sido predicado y esta ciudad no hubiese sido salvada. Si María no hubiese dado el sí a la extraña proposición del ángel, el Hijo no se hubiera encarnado. La providencia de Dios, no se puede ejercer contra la libertad del hombre, sino “con” su libertad.

La providencia no implica aceptar que se persiga a los humildes de este mundo con la promesa de una recompensa en el mundo futuro, como si los pobres se debieran resignar a la miseria causada por una opresión injusta, en el nombre de la voluntad de Dios que decide quién nace rico y quién pobre. Éste es un Dios perverso y el opio del pueblo que el evangelio denuncia mucho antes que Marx. La voluntad del Padre es que ejercitemos la totalidad de nuestro potencial para ser verdaderos intendentes de su gracia (IP 4, 10), verdaderos testigos de su amor. ¡Si

el cristiano no se vuelve él mismo providencia para los demás, si no presta sus manos al Señor, sus invocaciones a la Providencia sólo enmascaran su pecado!

## **Contra la providencia de un dios satisfecho, el Padre de un Reino que llega**

El evangelio prohíbe ver a Dios como el que domina la historia hasta el punto que todo se desarrollaría según lo previsto y que esperaríamos con satisfacción el final feliz del mundo para poder decir “está bien todo lo que acaba bien”. La victoria conseguida por Cristo ha de ser compartida por todos los hombres, debe ser anunciada y acogida en sus vidas, y esto pone la historia en una tensión escatológica, que no tiene nada de una espera pasiva: la llegada del Reino se realiza en el trabajo y en los dolores de un parto (Rm 8,22).

Al que arrastra a los hombres hacia la recapitulación de todas las cosas en Cristo (Ef 1, 10), se oponen no sólo el corazón endurecido de los hombres, sino “principados, potestades, dominadores de este mundo tenebroso” (Ef 6, 12). La lucha se exaspera, en la visión del Apocalipsis, y la certeza de la victoria de Cristo no impide el trabajo continuo de la obra de salvación, ni una cierta tristeza del Espíritu por nuestros pecados (Ef 4, 30). El Reino sólo llega cuando los hombres dejan actuar al Señor. Muchos rechazan entrar en el camino del Amor, rechazan el camino de la Cruz y retrasan la venida del Reino.

Y, sin embargo, el Reino va lle-

gando en los que abren sus corazones al Espíritu y proclaman la esperanza por el mundo. Signos tangibles manifiestan la presencia del Señor a través de los carismas que sostienen su fe y alimentan su esperanza. Allí dónde los enemigos hacen la paz, los adversarios se reconcilian, los justos perdonan lo imperdonable, donde se alzan los profetas para denunciar la injusticia y combatirla sin caer en la violencia, allí se despliega el poder por excelencia de Dios, el de su

Espíritu. Allí Dios *provee*.

Dios provee también en lo secreto del corazón y en interpe-laciones directas. O por la vía “ordinaria” de su Palabra, consignada en la Escritura, escuchada por la fe. O por la vía “ordinaria” de los sacramentos, donde se hace memoria de la muerte y resurrección de Cristo. O en la vía “ordinaria” de la fraternidad en Jesucristo. Aquí también Dios es fuente de vida y providencia, pero no sin pasar por la Cruz.

## DEL AMOR DE LOS DONES DE DIOS AL AMOR DEL DIOS DE LOS DONES

El tema de la providencia para el cristiano no es tanto una cuestión teológica, sino espiritual. No se trata de leer, a través de los factores de éxito social y humano, el signo de una bendición de Dios que provee a sus escogidos, mientras que para los excluidos de este mundo habría que pensar en su maldición sobre los excluidos de este mundo. Se trata de acoger su Espíritu y ser nosotros mismos providencia para nuestros hermanos. Se trata de entrar en la lucha por la fe, de creer no sólo cuando los signos son tangibles, sino de creer y amar incluso en las tinieblas.

Nada impide al cristiano releer su vida ante su Dios y reconocer la multitud de sus dones. Es la oración de acción de gracias que puede ser publicada para gloria del Señor (1 Co 5,10; Flp 3,12). Una forma de alabanza hacia aquel que da más de lo que habíamos osado

pedir. Una forma también de tomar conciencia, poco a poco, de la filiación y de acercarse cada vez más al Dios de los dones, más que a los dones de Dios.

El cristiano debería prohibirse releer la vida de los demás para descubrir los elementos providenciales de esta vida. Recorrido irrespetuoso del camino de la fe del otro, irrespetuoso de su dolor, ciego ante su sufrimiento, acto de dimisión al mismo tiempo que de justificación indebida. No se debe releer la vida del otro, pero sí apuntarme en ella como hermano, con compasión y discreción, como hijo del mismo Padre, para alabarle o ser signo de su compasión si está derramando lágrimas (Rm 12,15). Y cuando mi hermano parece que se apaga encerrado en su noche, me queda la fe que hace esperar por él contra toda esperanza.

Tradujo y condensó: DOLORS SARRÓ